

Los conflictos del lenguaje. El lenguaje, una caja de Pandora¹

Conflicts of language. Language, a Pandora's Box

Resumen

El presente artículo de reflexión tiene su fuente en la investigación "Los lenguajes del poder", desarrollada en la Universidad de Manizales en el 2010. Esta es una discusión sobre el lenguaje, sus lógicas, su organización, y las maneras que los humanos adoptan en el proceso comunicativo, y que pueden generar conflictos. Por tanto, la apuesta de este texto es cuestionar el papel del lenguaje y su responsabilidad en el nacimiento de los conflictos; es aventurarse a descargar en el lenguaje mismo los conflictos de la Humanidad; esta mirada, en todo caso, nos impulsa a seguir pensando e investigando las funciones, los repliegues, los despliegues y las mismas misiones de los lenguajes.

Palabras clave

Conflicto, lenguaje, pensamiento, realidad, sentido.

Abstract

This reflection paper stems from the research project "The languages of power", developed at the Universidad de Manizales in 2010. It is a discussion about language, its logic, its organization and the acting of people while in the communication process, which can generate conflict. Therefore, to question the role of language and its responsibility in the birth of conflicts is the main purpose of this essay, it is a venture to take out humanity's conflicts on language itself. This look, if anything, encourages us to keep thinking and researching the functions, retreats, deployments and missions of languages.

Keywords

Conflict, language, thinking, reality, meaning.

Miguel Alberto González González*

Recibido: 24 de noviembre del 2011

Aprobado: 15 de febrero del 2012

Cómo citar este artículo: González González, Miguel Alberto (2012), "Los conflictos del lenguaje. El lenguaje, una caja de Pandora", en *Rastros Rostros*, vol. 14, núm. 27, pp. 75-82.

¹ Artículo de reflexión derivado de la investigación "Los lenguajes del poder", desarrollada en la Universidad de Manizales en el 2010.

* Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Santo Tomás. Magister en Educación-Docencia de la Universidad de Manizales. Doctorante en Conocimiento y Cultura Latinoamericana del Instituto Pensamiento y Cultura en América Latina (Ipecal), México. Doctorante en Ciencias de la Educación de la Universidad Tecnológica de Pereira. Docente e integrante del equipo de investigación de las Maestrías en Educación de la Universidad de Manizales. Correos electrónicos: miguelg@umanizales.edu.co, mgcaronte@me.com.

Introducción

Si hay un grado cero de la escritura, sería interesante preguntarle a las metáforas de la guerra o de los conflictos por su grado cero:

El grado cero de la metáfora se daría en el hecho mismo de nombrar. Dar cierto nombre a “algo”, llamarlo abeto, democracia o respeto, es trasladar a ese “algo”, aún sin nombre, el significado que ya tienen nombres como “abeto”, “democracia” o “respeto” (Lizcano, 2006, p. 123).

El lenguaje como generador de conflictos nos tendría respuestas en las metáforas, en las formas como nombramos, puesto que si *cosmos*, en su origen, significa la manera como el general organizaba las tropas para el combate, eso ya nos sugiere que las mismas expresiones que tenemos para comprender el orden nos llevan por caminos farragosos. Entonces, precisaremos de nuevas metáforas que nos muevan a riquezas interpretativas, no para suprimir los conflictos, sino para reconocerlos y abordarlos desde el mismo lenguaje.

Dentro de la riqueza interpretativa es que una obra de arte se disfruta de diferentes modos, pero en cuanto al lenguaje público, el del poder, esa libertad es menor, pues en la confusión los peligros son mayores, los conflictos nacen y se reproducen a velocidades escabrosas. En esta sociedad del riesgo, en la que nada está exento de convertirse en amenaza para el hombre, bien se puede afirmar que el lenguaje se ha constituido —al lado de la naturaleza y de lo económico— en un riesgo o en una posibilidad de creación. Existen palabras o verbos sospechosos, riesgosos, verbos que no dan idea de movimiento, y palabras que hacen confuso lo que parece claro, como lo advierte Austin (1955, p. 5):

Me refiero a palabras curiosas como “bueno” o “todos”, a verbos sospechosos tales como “poder” o “deber”, y a construcciones dudosas tales como la de los enunciados hipotéticos.

Si poder y deber son sospechosos, ¿qué podríamos pensar del verbo ser o estar?, el más sospechoso,

el más complicado de los verbos, al fin de cuentas, el famoso verbo de la creación en una de las cosmogonías religiosas; allí no solo van a la sombra el pretexto y el contexto, sino la evidencia misma.

Se destaca que detrás de la evidencia plena del texto se ocultan como una sombra originaria el pretexto y el contexto, esto es, que al texto, que a la palabra, que al gesto, que al signo, hay que comprenderlos dentro de su contexto y del mismo pretexto, las palabras sugieren el pasado, pero también el porvenir, en una suerte de laberinto mítico del lenguaje, que bien refiere Colodro (2004, p. 50) así:

El hombre se muestra así como una red compleja de palabras y sentidos, un campo de significaciones siempre inestable e impreciso, de bordes indefinidos y en el que se vinculan de modo azaroso lo contingente y lo trascendental.

La trascendencia es patrimonio del hombre, así como la lengua también es patrimonio de la Humanidad, como lo son la guerra, la destrucción, la insidia, el amor, la salud, la ciencia, la política, la venganza y la esperanza, todas mediadas o enunciadas por el lenguaje.

En *Fausto*, Goethe destaca que cuando faltan ideas, hay palabras para sustituirlas. Ese sí que es un conflicto mayor: permitir que las ideas se camuflen, se dejen colonizar por las palabras; a malas agendas, buenas palabras; tal vez las ideas se desaparecen en la selva del lenguaje, en la selva de las palabras.

El problema de la verdad, la misma que para algunos está dentro del sujeto mismo y para otros está afuera, a su alrededor, es un asunto no resuelto, pero Rorty (1996, p. 25) advierte que:

La verdad no puede estar ahí afuera —no puede existir independientemente de la mente humana— porque las proposiciones no pueden tener esa existencia, estar ahí afuera. El mundo está ahí afuera, pero las descripciones del mundo no [...]. La idea de que la verdad, lo mismo que el mundo, está ahí afuera, es legado de una época en la cual se veía al mundo como la creación de un ser que tenía un lenguaje propio.

Desde luego que aplica a la presente discusión: la verdad del conflicto no puede estar dentro del lenguaje mismo, sino que está en los sujetos que lo usan, pero está en la interpretación misma, pero también está en el eco que se haga de lo visto, sentido o escuchado, lo cual se acerca a una metáfora.

Resultados críticos

La resolución, ¿una metáfora?

En el lenguaje existen muchas metáforas, tal vez su mayor artilugio es la metáfora, pero, si se quiere, es su mayor pobreza, porque en ese mundo se esconde el conflicto. El lenguaje mismo, el acto de discutir es comprendido como guerra, de lo cual advierten Lakoff y Johnson (2009, p. 40),² al escribir:

Tratemos de imaginar una cultura en la que una discusión no se viera en términos bélicos, en la que nadie perdiera ni ganara, donde no existiera el sentido de atacar o defender, ganar o perder terreno.

Si el lenguaje es un auspiciador de conflictos, es a este, y a nadie más, al que le corresponde ir en andas por una solución, para permitir a los hombres que se comuniquen de manera racional o entregar las fórmulas para sustraerse de los conflictos. Aquí nace, por así decirlo, una nueva posibilidad de enfrentar el conflicto, y es el de exigirle al lenguaje que, en su dinámica interna, haga su trabajo de tensionar y distensionar, una solicitud de la cual los platónicos estarían orgullosos. Esta propuesta de por sí luce falaz y utópica, no es el lenguaje, son sus hombres, sus usuarios los que deben aprender de las palabras, aprender del lenguaje para no caer en sus rutinas, en sus dictaduras, en sus regímenes de significado, en sus regímenes de sentido.

En el texto *El grado cero de la escritura*, Barthes (2011) expone que el lenguaje nunca es inocente: las palabras tienen una memoria segunda que se prolonga indefinidamente en medio de las significaciones

² Original escrito en 1980.

nuevas. Es evidente que el lenguaje en su elasticidad tiene capacidad de olvido y de recuerdo, poniendo en aprietos al usuario que no siempre goza de suficiente memoria para dar cuenta del tránsito histórico de una palabra.

Los griegos, maestros en tantas cosas, perfilaron el problema, que aún sigue siendo objeto de análisis, tal cual ocurrió en los diálogos de Platón (1986). Veamos una de las tantas miradas al tema:

Desde el *Crátilo* de Platón y los escritos lógicos de Aristóteles, el lenguaje se considera como sistema convencional de signos; la palabra es referida al concepto, el lenguaje es la esencia de las cosas; el lenguaje pertenece al mundo mutable y huidizo. Esta concepción del lenguaje continúa en toda la filosofía occidental, concepción en la que ocupa el primer plano la función objetiva de significación, pero en la cual no se considera la totalidad viva del acontecer del lenguaje en su función creadora y reveladora de sentido (Valencia, 1999, p. 23).

No es tan seguro que los problemas surjan del lenguaje, pero tampoco hay otra forma de desmentirlo, puesto que, solucionados los aspectos de supervivencia, los conflictos que más se conocen en los seres humanos son los idiomáticos, el de si la teoría dice esto, si la práctica es aquello, de si la verdad es mía y la mentira aquella, son asuntos de orden lingüístico que aún no hemos logrado resolver ni con letras ni números. Es como si nos faltase imaginación para salir de estas encrucijadas que terminan siendo ideológicas con nefastas consecuencias.

Los hombres, como seres comunicantes y comunicables, padecen las expresiones discriminatorias, segregacionistas o exclusivistas, pero allí es donde debería entrar un lenguaje inédito a encontrar los atenuantes a todas estas formas de reducción, porque, como nos indica Zemelman (2005), las palabras llevan un peso histórico, no son arbitrarias, los problemas pesan. De hecho, no aparecen fórmulas lingüísticas mesiánicas para reducir los conflictos en la comunicación; toda la responsabilidad queda en la psiquis de los emisores y receptores, es

decir, en últimas el problema es de los usuarios y no de los elementos.

La escritura

La escritura es ese lugar neutro, compuesto, oblicuo, el blanco y negro en donde acaba por perderse toda identidad, comenzando por la propia identidad del cuerpo que escribe
Barthes, 1994, p. 70.

Tanto Barthes (1994) como Derrida (1986) coinciden en que la escritura es una suerte de traición, un abandono del individuo, un dejar de ser auténtico, pese a que en ella misma se busca la identidad, para lo cual se requiere un dejar de ser lo que se es, para convertirse en otro que es el texto escrito; es un dejar morir la oralidad para congelarla, para eternizarla en la escritura. Si esto sucede con esta forma en apariencia elevada de comunicarnos, ¿qué podemos esperar de las más antiguas, como el habla y los gestos?

Es probable que el lenguaje sea el principal generador de conflictos, puesto que muchas situaciones del devenir humano son creaciones lingüísticas que se apartan de lo posible, o que ni siquiera se ocupan de lo real, como si con el lenguaje se inventase la realidad, un mundo paralelo que en el más de los casos es hostil y sometedor.

El lenguaje es sin lugar a dudas el mecanismo o el instrumento, quizás el único conocido, para la comunicación entre los seres vivientes; en el caso particular del hombre, ese lenguaje es hablado —entiéndase, cualquier sonido—, escrito —analícese todo símbolo, semiótica—, o gestual —piénsese en todo movimiento—; también se clasifica en fonético, kinésico, proxémico, icónico o pictográfico. Con cualquiera de estas formas lingüísticas los seres humanos —no descartar las máquinas— se anuncian ante el otro. La filosofía analítica, movimiento surgido en el siglo XX que se ha adentrado en este campo, nos indica que el objeto de su actividad es resolver los problemas filosóficos, los cuales, afirma, se originan en la confusión lingüística.

Lo complejo es que no siempre se dispone de tiempo o siquiera de ánimos para adelantar ese análisis y, por supuesto, no todas las personas poseen intereses en comprender la filosofía analítica para enfrentarse con mayores argumentos a las diversas significaciones que se presentan en una conversación normal. Otro de los obstáculos lo expresa Havelock (2008, p. 65) estableciendo que “una de las dificultades de pensar el lenguaje es que es necesario usar el lenguaje para pensarlo. Un acto lingüístico se debe dirigir sobre sí mismo”; ese aventurarse sobre sí mismo, sobre sus propios códigos, representa de por sí una paradoja.

Los códigos, los criterios de relación, son los que permiten el entendimiento o, por el contrario, el deterioro de la comunicación. De ello Foucault (2008, p. 15) resuelve indicando que:

Los códigos fundamentales de una cultura —los que rigen su lenguaje, sus esquemas perceptivos, sus cambios, sus técnicas, sus valores, la jerarquía de sus prácticas— fijan de antemano para cada hombre los órdenes empíricos con los cuales tendrá algo que ver y dentro de lo que se reconocerá.

Es decir, es viajar por el mundo de las interpretaciones, por sus códigos, por los territorios simbólicos de la cultura que nos pueden entregar otras miradas, otras significaciones al lenguaje como generador de conflictos, casi como un asunto retórico.

La mirada al lenguaje. ¿Retórica?

A Perelman (1998)³ le llama la atención que Aristóteles, Cicerón y Quintiliano le hayan consagrado obras notables al arte de persuadir, mientras en los últimos siglos solo sirva para el estudio de las figuras de estilo. Perelman expone que:

Para algunos autores, tales como Schopenhauer y John Stuart Mill, mientras que la dialéctica sería la técnica de la controversia y la retórica la técnica del discursos público, la lógica se identificaría con

³ Original escrito en 1977.

las reglas aplicadas para conducir su propio pensamiento (1998, p. 35).

Esto nos pone en un lugar adicional, no solo es lo dicho, sino cómo se dice, e incluso la técnica misma de decirlo.

Una de las preocupaciones del filósofo austriaco Wittgenstein (2003)⁴ fue el lenguaje: “Lo que puede ser dicho, puede ser dicho con toda claridad, y sobre lo que no se puede hablar se debe guardar silencio”. Esto —que es discutible— apunta a reducir los problemas frente a las expresiones que no traen consigo suficiente luminosidad.

Asimismo, Wittgenstein argumentó que, desde este punto de vista, la función de la filosofía sería la de indicar lo que no puede ser dicho, presentándonos exclusivamente lo que puede decirse. Visto así, se reduciría a ser una especie de panacea o un camino al dogma, ya que describiría lo que es digno de expresarse y desecharía lo demás, esto sin saberse con alguna exactitud qué es lo que va a abandonar, aunque es claro que se refiere a la significación del lenguaje y, ante todo, sobre expresiones del orden metafísico.

En el libro *Tractatus logico-philosophicus* (2003), Wittgenstein describe que si las proposiciones genuinas dicen solamente cómo son las cosas, ello no indica que podamos saber cómo han de ser las cosas, es decir, no expresan necesidad en el mundo, y por tanto ni siquiera sabremos si las estrellas brillarán mañana. Nadie puede someter los acontecimientos del mundo a su voluntad, frente a ello hay una impotencia, un límite infranqueable. Para oponer a lo anterior, no podemos olvidar que los discursos prefabricados, las normas del poder o las categorías de la justicia sí pretenden someter los acontecimientos de los hombres, aspecto que en sí y de por sí es conflictivo.

Wittgenstein expone la pertinencia de buscar las estructuras ocultas del lenguaje y las formas de vida

⁴ Original escrito en 1922.

insertadas en él. La filosofía debe convertirse entonces en una batalla contra el hechizo de nuestra inteligencia por el lenguaje, insiste al enunciar: “Lo que existe en el mundo no es bueno ni malo, las proposiciones de valor solo existen en el sujeto, y este es trascendental” (2003, p. 10). No es para despreciar que las palabras jamás son inocentes, ni mucho menos sus usuarios; el infierno también tiene sus leyes, dijo Mefistófeles a Fausto. Aún en el mal, en el abandono o en la penuria, las expresiones están diseñadas para avanzar en los conflictos. Lo anterior nos muestra que en filosofía no hemos podido resolver una serie de interrogantes del orden físico o metafísico, y mucho menos hemos avanzado lo suficiente para comprender la dinámica de los conflictos lingüísticos que se generan en los seres humanos. Esa carga de transitar con significados y su interpretación —digamos hermenéutica— puede propiciar conflictos que, en algunos casos, no se alcanzan a resolver por la llamada dialéctica, que en sí misma defiende o precisa del conflicto; en otras palabras, por el lenguaje —bien sea hablado, escrito, icónico o gestual— se generan los conflictos, que en su dinámica interna los promueve en una lógica brutal.

Sin embargo, no falta quien asevere que el problema es educativo, o el que siendo más intrépido indique que pertenece al instinto humano, que es connatural a los hombres vivir en conflictos, de lo cual, alguna vez, nos previno Estanislao Zuleta al advertir sobre el cuidado de no introducir como recurso explicativo la noción del instinto, pues en ese orden de ideas nos salvaríamos o condenaríamos aduciendo que al ser gestado por el instinto, entonces no hay controles posibles. Serna (2008, p. 103) establece que “El lenguaje edita, cuando no es que construye el mundo para nosotros. El hombre es lo que habla, por su léxico los reconoceréis”, diríamos que por sus guerras o por sus conflictos generados con el lenguaje los clasificaréis.

Si el lenguaje está en la superficie —como expone Deleuze (1994)—, las alturas la dan los poetas-filósofos-teólogos, y la profundidad los científicos; entonces la superficie es manejada por el hombre común,

deducción que poco resuelve, puesto que superficie, altura y profundidad darían cuenta de tres tipos de sociedades, dificultando la comprensión y dando paso a conflictos de orden literario-metafísico.

Desde la hermenéutica, a cualquier expresión se le encuentran tantos sentidos como intérpretes existan. El conocimiento hermenéutico, explica Gadamer (1990),⁵ se manifiesta en la lengua, el habla o las situaciones de habla, las cuales, si se pretende una comunicación eficaz, deben estar ajustadas al horizonte de los hablantes: esto forma parte de cada auténtica comunicación que se entra en el otro. El conocimiento está ligado a la lengua; el hombre es, ante todo, un ser comprensible a través del lenguaje. Sin ir más lejos, se deduce que lo hermenéutico es subjetivo y, por tanto, problemático. También en *Verdad y método*, Gadamer (1990) declara que querer evitar los conceptos propios en la interpretación no solo es imposible, sino que es un absurdo evidente. Interpretar consiste en poner en juego los propios preconceptos, con lo que la intención del texto se hace evidente para nosotros por medio de la lengua. Y si esto sucede desde el abordaje de textos, qué podríamos esperar de la palabra que casi nunca logra tener la suficiente espera o umbral para medir los alcances de su pragmática.

Es innegable la riqueza del habla que puede ir en todos los sentidos. Esa formidable manera de crear expresiones, de idearse significados, no siempre conlleva a la tranquilidad humana, puesto que ese ingenio puede aguzar el conflicto. El asunto es casi primario: cuando una discusión se enmaraña, se aconseja guardar silencio, no continuar con el encadenamiento de expresiones para evadir la trampa del lenguaje que conllevaría un riesgo de violencia. Sin dejar de lado la violencia misma de las ideas, esa imposibilidad de traducir todo lo que se piensa en palabras, como expone Nietzsche (2004b, p. 144),⁶ “tampoco las ideas propias se pueden reproducir del

todo mediante palabras”. Ese conflicto, esa distancia entre lo que se piensa, entre lo que se escucha y entre lo que se escribe, pone a la Humanidad en el terreno de la imaginación, donde todo es posible.

En cierto momento aseveré: “Como la guerra está en la imaginación de los hombres, es a ellos a quienes les corresponde solucionarla”. Igual podríamos decir de los diversos conflictos que se suscitan en el hombre, que no siempre acaban en guerras, pero que sí desencadenan graves lesiones a la dignidad o conducen al aniquilamiento de vidas en forma selectiva; conflictos nacidos del uso inapropiado del lenguaje, o quizá de una interpretación indebida, o tal vez por sobrevalorar las expresiones y cargarlas con un sentido belicista que no es mera retórica, en la acepción que ha tomado la palabra de los últimos siglos, sino que puede pasar por el problema mismo de la verdad, por sus riesgos, y se sabe que una mala enunciación puede generar un conflicto, ese es un riesgo.

Conclusión

Los riesgos. El problema de la verdad

Si no hubiese conflictos, el lenguaje se los inventaría. Los riesgos aparecen en todos los trazados, pero sí es evidente que un lenguaje confuso y confundido ha permitido a los políticos jugar con sus expresiones para engañar al pueblo, y de paso engañarse. Los banqueros, primeros oportunistas, elaboran documentos ambiguos que luego ajustan a sus propios intereses. Las normas, cuyo espíritu es difuso, son interpretadas de tantas maneras posibles que no se encuentran criterios cercanos al momento de aplicar justicia.

Queda abierta una revisión más intrínseca y cuestionadora al lenguaje mismo que a los comportamientos humanos, puesto que los hombres estamos condenados a usarlo, arrojados a ese abismo de infamia, confirmando de alguna manera lo expuesto por Heidegger, quien asegura que todo es mediado por el lenguaje, lo que hace determinar

⁵ Original escrito en 1960.

⁶ Original escrito en 1882.

un mundo lingüísticamente abierto, interpretado, influido. En el lenguaje nacemos, pasamos y pensamos: *es la morada del ser*.

La mirada opcional es la de cuestionar el lenguaje en su propia dinámica hasta encontrar la forma —ideal por supuesto— de mejorar la comunicación y distender el proceso interactivo que, como se sabe, va cargado de significado limitado o ampliado, más que por la teoría, por la emotividad. Muchos paisajes del devenir humano son creaciones lingüísticas ordenadas, conjuradas, lineales, que quieren enfrenar las realidades caóticas, violentas, absurdas o huidizas, advirtiéndose que con el lenguaje se profundizarán las paradojas, llegando a inventarse un mundo paralelo que en muchos casos desencadena o profundiza los conflictos.

Bien lo podemos observar en Lledo (1974, p. 20), cuando afirma que:

La verdad del lenguaje que hablan los hombres es la verdad de un camino que se bifurca y multiplica en mil mentes, en mil aspectos. Un logos que discurre por infinitos derroteros de palabras, y que crece, a través de ellas, en su discurrir.

Y si con el lenguaje no damos cuenta de la verdad, va siendo tiempo de preguntar por sus mentiras, sus ocultaciones o supuestas claridades.

Ese lenguaje que nos libera o que nos acoyunda, es el principal generador de los conflictos. Y sería a este, y a nadie más, al que le corresponde encontrar la solución; obvio, no es posible, razón por la cual seguimos trasladando el interrogante al hablante, al que usa y abusa de este, no para que le tema sino para que lo aborde. Por alguna razón Lao Tsé (2006, p. 105)⁷ dijo “Si el pueblo ya no teme a la muerte, ¿para qué amenazarlo con ella?”. Podríamos decir que si el lenguaje no le teme al conflicto, ¿para qué amenazarlo?, con ello no perderá su identidad, si es que la tiene.

⁷ Original escrito en el siglo VI, a C.

En la escritura dejamos de ser nosotros, perdemos la identidad; en el habla, a veces, nos volvemos torpes y agresivos; en los gestos nos deben interpretar; entonces: ¿qué nos queda del lenguaje para ser expeditos en la comunicación? Quizá todo o nada, ello depende de la plasticidad que adoptemos para estudiarla. ¿Será el lenguaje amor a la sociedad o temor a la soledad? En cualquiera de los casos no parece claro, puesto que si fuese amor no se llegaría a los conflictos tan devastadores, y si es temor a la soledad, algo nos aporta para comprender por qué nos sucede lo que nos sucede.

Es necesario continuar examinando los límites y horizontes lingüísticos: en sus fronteras, para denunciarlo, y en los horizontes para darle la tarea de pensar una comunicación más enriquecida o con menos convencimiento de que el conflicto es necesario para la pervivencia de las especies.

La política perfecta, la paz irenea, la justicia universal, la energía cósmica, las religiones y sus dioses, la política con sus promesas, el amor con sus elongaciones músico-poéticas, han sido construcciones lingüísticas que no aclaran lo suficiente el camino hacia la felicidad. La crisis y el abismo del lenguaje, de su palabra, de su escritura, de sus gestos, sugieren que la mayoría de los conflictos son venidos de la interpretación lingüística que vive en la metafísica de las palabras, pero los hombres las tornamos en absolutas verdades para despachar, cuando menos, sus peores recursos para dominar y someter, profundizando así el dilema del poder, la voluntad y el saber.

En ese sentido, el lenguaje —brutal en su dialéctica y pobre en desenmascarse— está en deuda, entrega a los hombres a los males de la guerra, de sus dioses y, como Pandora, deja dentro una suerte de esperanza. Si el lenguaje nos sirvió para inventar dioses, el mayor conflicto de las culturas humanas, por qué en sus nombres se han desatado las guerras más sangrientas entre los hombres, ¿qué nos cabría esperar del lenguaje?

Ya nos advirtió Nietzsche (2004a, p. 37):⁸ “¡Esa vieja embustera que es la razón se había introducido en el lenguaje! Mucho me temo que no conseguiremos liberarnos de Dios mientras sigamos creyendo en la gramática”; como este nihilista, mucho me temo que no podremos librarnos de las redadas del lenguaje, mientras sigamos creyendo en sus gramáticas.

Ni más ni menos, ante el fracaso del lenguaje, va siendo tiempo de reinventarlo, que sería reinventar al hombre mismo.

El instinto social de los hombres no se basa en el amor a la sociedad, sino en el miedo a la soledad.
Arthur Schopenhauer 1991, s.f.

Referencias

- Austin, J.L. (1955), *Hacer cosas con palabras*, edición electrónica, Santiago de Chile, Universidad de Arcis.
- Barthes, R. (1994), “La muerte del autor”, en *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Barcelona, Paidós.
- . (2011), *El grado cero de la escritura*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Colodro, M. (2004), *El silencio de la palabra. Aproximaciones a lo innombrable*, Santiago de Chile, Siglo XXI.
- Deleuze, G. (1994), *Lógica de sentido*, Barcelona, Paidós.
- Derrida, J. (1986), *La retirada de la metáfora*, Santiago de Chile, Universidad Arcis.
- Foucault, M. (2008), *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Gadamer, H.G. (1990), *Verdad y método*, Barcelona, Península.
- Havelock, E. (2008), *La musa aprende a escribir*, Barcelona, Paidós Ibérica.
- Heidegger, M. (2000), *Carta sobre el humanismo*, Cortés, H. y Leyte, A. (Trads.), Madrid, Editorial Alianza.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (2009), *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra.
- Lao Tsé. (2006), *Tao Te King*, México, Grupo Editorial Tomo.
- Lizcano, E. (2006), *Metáforas que nos piensan*, Madrid, Bajo Cero.
- Lledo, E. (1974), *Filosofía y lenguaje*, Barcelona, Ariel.
- Nietzsche, F. (2004a), *Cómo se filosofa a martillazos*, México, Grupo Editorial Tomo.
- . (2004b), *La galla ciencia*, Buenos Aires, Ediciones Libertador.
- Perelman, Ch. (1998), *El imperio retórico. Retórica y argumentación*, Santa Fe de Bogotá, Norma.
- Platón (1986), *Diálogos*, Barcelona, Montaña Mágica.
- Rorty, R. (1996), *Contingencia, ironía y solidaridad*, Buenos Aires, Paidós.
- Serna, J. (2008), *La palabra como provocación. Magia, versos y filosofemas*, Barcelona, Anthropos.
- Schopenhauer, A. (s.f.), *Citas y frases célebres* [en línea], disponible en: Sabidurias.com, <http://www.sabidurias.com/cita/es/7621/arthur-schopenhauer/el-instinto-social-de-los-hombres-no-se-basa-en-el-amor-a-la-sociedad-sino-en-el-miedo-a-la-soledad>, recuperado: febrero del 2012.
- Valencia, G.J. (1999), *Hermenéutica*, Bogotá, Universidad Santo Tomás.
- Wittgenstein, L. (2003), *Tractatus logico-philosophicus*, Madrid, Tecnos.
- Zemelman, H. (2005), *Lenguaje y producción de conocimiento en el pensamiento crítico*, México, Cerezo.

⁸ Original escrito en 1886.